



José Agustín Goytisolo y Paco Ibáñez, durante el recital que ofrecieron anoche en Bilbao.

TXETXU BERRUEZO

Ambos se solidarizaron con Euskaltzaindia e invitaron a Mercedes Sosa

Poética emoción

Paco Ibáñez y José Agustín Goytisolo triunfaron ayer en Bilbao

AITZOL SAN SEBASTIAN

BILBAO.— «En tiempos de ignorancia, como ahora a escala planetaria, y cuando la crueldad se extiende por doquier fría y robotizada, aún queda mucha buena gente en este mundo que escucha una canción, olé, un poema». Así de contundente y directo se expresó José Agustín Goytisolo en un manifiesto compartido con Paco Ibáñez en el recital que ambos maestros ofrecieron anoche en Bilbao.

Y alguna de esa buena gente que aún dedica un tiempo a leer un poema o a escuchar una canción es la que abarrotó el Teatro Arriaga (1.000 personas). El espectáculo, titulado *La voz y la palabra*, estuvo dividido en dos partes diferentes, aunque unidas por el nexo común de la palabra. Primero, la poesía se combinó con la canción en un atractivo mano a mano. Goytisolo, cómodamente situado tras una mesa, recitó obras propias (en su mayoría), con las

que demostró ser una de las piezas básicas de la llamada generación poética del 50.

El amor y el desamor, la política y la vida, en definitiva, fueron definidas unas veces con dulzura, otras, con desgarrador dolor y siempre, de una manera tierna.

Paco Ibáñez, junto a su inseparable guitarra, fue salpicando esta primera parte de melodías sobre sus irónicos poemas.

Un breve descanso dio paso a una segunda parte en la que el protagonismo correspondió totalmente al músico valenciano. Sólo hubo una excepción, que se correspondió con la aparición de la legendaria Mercedes Sosa —gran amiga de Goytisolo e Ibáñez— para interpretar el hermoso y emocionante poema *Palabras para Julia*, del primero.

Ibáñez, con su voz a punto de rotura e inducida al carraspeo ajeno inconsciente, interpretó poemas de León Felipe (*Como tú*) o Quevedo (*El amargo de la verdad*), entre otros, que le sirvieron

para retratar la actual situación del planeta, en general, y el caos y la desesperación popular que invade el Estado español, en particular.

El público premió desde el comienzo la entrega, la ironía y, sobre todo, el arte de una pareja que, haciendo suyo el coraje de Marcial —poeta en los tiempos del Imperio Romano—, asoma cada cierto tiempo por los escenarios para despertar conciencias y humanizar la selva de la existencia. Y lo consiguen. Esta es, precisamente, su mejor recompensa.

Los instantes finales impregnaron aún más el Arriaga de emoción colectiva. El público congregado cantó casi al unísono con Paco Ibáñez y José Agustín Goytisolo, quienes leyeron un manifiesto a favor de todas las lenguas minoritarias y, especialmente, del euskería. Incluso se hicieron eco de la grave situación económica de Euskaltzaindia y se ofrecieron para actuar a beneficio de la Academia de la Lengua Vasca.